

libros de evasión y descanso



VACACIONES... ¡Uhm!...
Maravillosos días en la playa.
gozando del sol y del agua...
Saboreando su bebida preferida...
bien fría...
CON UN LIBRO EN LAS MANOS...
UN LIBRO LIGERO. AGRADABLE.
SIN COMPLICACIONES.
O SI PREFIERE, UN APASIONANTE
"BEST-SELLER"...

¡QUE FORMIDABLES VACACIONES
CON LIBROS BRUGUERA!

le recomendamos:

FIEBRE DE VIVIR

CECIL SAINT-LAURENT

Sensual, impertinente, libre, entregada a la pasión y a la aventura, CLOTILDE sigue su camino.

LA GRAN MENTIRA

HELEN McINNES

Un éxito mundial en 19 idiomas.

LA CARTUJA DE PARMA

STENDHAL

La primera de las grandes novelas del mundo contemporáneo.

COSECHA NEGRA

JOHN GODWIN

Los 22 casos más enigmáticos de la moderna historia del crimen.

TEODORA

CARLO MARIA FRANZERO

La inquietante emperatriz de Oriente, vista por el famoso biógrafo de Cleopatra.

MÁS BELLA CADA DÍA

LILLO AUMEDEN

Los consejos y la técnica de la más reputada "esthéticienne" europea, al alcance de todas las mujeres.



DONDEQUIERA QUE VAYA ENCONTRARA
LIBROS BRUGUERA

Más de 9000 puntos de venta en toda España aseguran la adquisición de libros BRUGUERA.

MIENTRAS EL LIBRO ES NEGOCIO

LIBROS

por ricardo doménech

HACE algunos años, sugerí a una revista literaria la idea de que hiciera una gran encuesta entre los escritores españoles sobre este tema: ¿vive usted exclusivamente de la literatura o, para vivir, ha de buscarse otros trabajos? Y ésta, ¿de qué tipo? Etcétera. Como se ve, la encuesta iba a tener un carácter documental, estadístico; no era necesario revelar públicamente los nombres de los escritores participantes. Sin embargo, se pensó —y me parece que con toda la razón— que el tema iba a resultar delicado y que muchas gentes considerarían esta pregunta como una impertinencia y no contestarían. Como digo, creo que se pensó bien, porque entre nuestros literatos abundan los que se creen desvinculados de ciertas miserias terrestres, aun cuando muchas veces las sufran en carne propia. De otro lado, una pregunta como ésta roza ya peligrosamente las cuerdas sensibles de la vanidad literaria. Por ejemplo: ¿cómo el novelista Fulanito Pérez iba a decir que por su novela "X", que constituyó un éxito fuera de serie, había percibido la ridícula suma de ocho mil pesetas al firmar el contrato y todavía sigue esperando unas liquidaciones semestrales que su editor no le ofrece nunca? Puede parecer gracioso, pero el novelista Fulanito Pérez considera como una vergüenza el que esto llegue a saberse.

Una encuesta, como ésta a la que aludo, pondría de relieve —en un plano no anecdótico, sino documental, estadístico— esta realidad que, en ocasiones, los mismos que la padecen son los primeros en querer ocultar: las tristes condiciones de vida que sufre el escritor en España. Por supuesto, no nos referimos solamente a los escritores de géneros poco favorecidos por el público lector —como la poesía—, ni mucho menos a escritores jóvenes que sólo cuentan con una o dos obras en el mercado. Nos referimos al escritor español en general, al escritor de éxito, al escritor que escribe y publica de manera habitual y que ya ha demostrado sobradamente su ingenio y su talento. Pues bien, ocurre que la mayoría de estos escritores —salvo los que se dedican al teatro, género excepcionalmente agradecido con los que logran estrenar—, no pueden vivir de su literatura y se ven en la necesidad de perder su tiempo en una serie de empleos y trabajos, con frecuencia absolutamente contradictorios con su quehacer literario, al cual apenas pueden dedicar las horas debidas.

Simultáneamente, una atenta mirada al mundo editorial nos permite comprobar que, sin embargo, el libro es un negocio. Desde que el escritor termina su libro hasta que éste llega a manos del lector que lo compra, hay un largo proceso, que es conocido. Hay editoriales, hay distribuidoras, hay librerías, hay corredores y agentes. Todos estos sucesivos negocios o empleos están montados sobre la base del libro: ese libro que el escritor escribe y el lector compra. De ese libro vive el editor. De ese libro vive el distribuidor. De ese libro vive el librero. De ese libro viven, como puede verse, muchas gentes, y sabido es que algunas viven excepcionalmente bien. Quien únicamente no vive de ese libro es el escritor, que lo ha hecho. Es así como se explica, por ejemplo, que un novelista perciba por una novela el diez o el doce por ciento del producto de venta al público. Todo lo demás, ese noventa o ese ochenta y ocho por ciento, es absorbido por este minucioso y complicado engranaje que componen el editor, la imprenta, la distribuidora, los agentes, los libreros, etcétera. Y todo esto es en el mejor de los casos. No hablemos ya de cuando el escritor es objeto, por parte del editor, de este fraude tan frecuente como intolerable: las sucesivas ediciones —no declaradas— de una misma obra, de la cual el escritor sólo ha percibido lo correspondiente a una primera edición. De algunos editores se dice que suelen guardar las planchas de un libro y que con éstas van imprimiendo ejemplares según se vayan agotando los existentes en el mercado.

Como es sabido, para poner remedio a este estado de cosas, se ha abierto en la Sociedad General de Autores una sección correspondiente a escritores de todos los géneros literarios, pues hasta ahora en la S. G. A. sólo tenían cabida los autores de teatro. No tengo noticias recientes de cómo marchan los trabajos de la S. G. A. en este sentido. En cualquier caso, esta feliz iniciativa no ha llevado todavía a un planteamiento radical —es decir, de raíz— y a unas decisiones energéticas. No resulta difícil imaginar que ese mundo terrible de los intereses creados se habrá alzado como un inmenso obstáculo y que, por otra parte, muchos de nuestros escritores —los que viven en su "torre de marfil" o bien en la luna, porque en definitiva esto es una cuestión de palabras— no habrán apoyado en la medida necesaria este proyecto, del cual los escritores españoles más conscientes hablaban hace ya bastantes años.

Sea como fuere, lo cierto es que la vida del escritor español es muy precaria, salvo cuando se dedica simultáneamente a trabajos ajenos a la literatura. Y al mismo tiempo, sus libros —que, en definitiva, son un trabajo— constituyen la base sin la cual no existirían esos negocios que se llaman editoriales, distribuidoras y librerías. En algunos casos, estos negocios llegan a producir anualmente unos beneficios que sobrepasan el límite de toda imaginación.